

ÁNGEL VÁZQUEZ MOLINA: EL PERRO SIN AMO DE TÁNGER

Tánger, antes de que la Historia se empeñara en normalizarla, era una jauría de acentos, un burdel con farolas de gas, un puerto donde el whisky escocés se mezclaba con la menta del té y las mujeres polacas con los traficantes rifeños. La ciudad no pertenecía a nadie y, por eso mismo, pertenecía a todos: espías que desayunaban en el Café de París, marineros borrachos que dejaban su última paga en las caderas de una bailarina griega, diplomáticos en ruina, escritores escapados de sí mismos y contrabandistas con la Biblia en un bolsillo y hachís en el otro. El aire estaba cargado de sal y mentira, y las noches parecían un pacto tácito entre el crimen y el arte.

Ángel Vázquez Molina la conoció así, entre el rumor de las olas y el murmullo de mil lenguas que no se mezclaban del todo, pero se entendían en lo esencial: el deseo de vivir rápido y gastar lo que no se tiene. Era un niño cuando Tánger aún era zona internacional, cuando el puerto era la alfombra roja de la inmundicia glamourosa. Creció viendo cómo se podían cerrar tratos millonarios sobre una mesa pegajosa de café y cómo las prostitutas sabían más de política que los ministros.

Pero Tánger cambió. El humo de los cigarrillos americanos fue sustituido por el olor agrio de la burocracia. Los cafés se llenaron de uniformes y funcionarios, y la ciudad se encogió, como si alguien hubiera bajado el volumen de su música. La presión política del franquismo, que controlaba cada vez más la presencia española; la intervención marroquí en los barrios internacionales; la llegada de turistas que buscaban postal más que aventura; y la implantación de leyes estrictas para “ordenar y mejorar” la zona internacional, transformaron la ciudad en un escenario domesticado. Lo que antes era improvisación y riesgo se convirtió en normas y horarios. Y ese cambio, ese viraje político social de su ciudad, fue el casus belli de Ángel Vázquez Molina.

Allí, en esa república de naufragos nació 1929, hijo de sombrerera y criado por el murmullo de las mujeres en haquetía. Abandonó la escuela porque la realidad apretaba más que la gramática, y se educó en la Librería des Colonnes, vendiendo novelas a marineros y a espías. Vázquez Molina, que había mamado la anarquía vital de su infancia, sintió el cambio de la realidad pergeñado por otros como un golpe de mar frío. Fue Amigo de Paul y Jane Bowles, de Emilio Sanz de Soto, y de toda la fauna exótica que se emborrachaba entre la calle Siaghín y el Café de París. Jane le llamaba “*mon petit génie rond*” y él, gordo, despeinado, con una copa en la mano, se reía con la insolencia del que sabe que su talento vale más que todas las embajadas juntas.

Y fue precisamente en esos tugurios de Tánger, entre pensiones desiertas, habitaciones

húmedas y mesas de café llenas de humo y murmullos, donde Ángel empezó a escribir. No como un estudiante pulcro ni un académico, sino con la urgencia de quien necesita dar testimonio de la ciudad que veía desaparecer a cada sorbo de alcohol. Los personajes que surgían eran criaturas de la noche y del puerto, sombras de amantes y contrabandistas, de prostitutas que reían mientras contaban secretos, de amigos que se marchaban antes del amanecer. La escritura le permitió domesticar la ciudad en papel, retenerla, aunque la realidad se deshacía a su alrededor. En sus escritos empezó a filtrarse una melancolía corrosiva, un resentimiento lúcido hacia la domesticación de la ciudad. Sus personajes, antes perezosamente libres, comenzaron a moverse como animales cercados, con esa dignidad triste de quien recuerda haber tenido alas.

La ciudad que fue un teatro de desmanes y libertad ahora aparecía en sus páginas como un lugar atrapado entre memoria y nostalgia, un territorio donde la magia de vivir al límite se había transformado en rutina.

Fue esa escritura sin concesiones, cruda y honesta, la que lo llevó a Madrid y a los tribunales del Premio Planeta. En 1962, con *Se enciende y se apaga una luz*, ganó el premio que lo consagró: el reconocimiento formal de un mundo literario que él siempre había mirado con desdén, pero que finalmente no pudo ignorar. Su victoria no fue la de un escritor acomodado: fue la de un superviviente que había convertido la marginalidad de Tánger en literatura, y la literatura en una pequeña victoria contra la rutina y el olvido.

Pero no fue un triunfo limpio: la obra ganadora original fue descalificada y la suya, como segundo plato, se llevó el cheque. Él, fiel a su estilo, se lo gastó rápido. Madrid le pareció un erial comparado con Tánger. El franquismo cultural, con sus cenáculos rancios, lo dejó fuera de juego. No buscó volver a entrar.

Tras ganar el Premio Planeta, Ángel se instaló en Madrid, pero no como un triunfador domesticado: vivía en pensiones céntricas, habitaciones húmedas llenas de libros apilados, botellas vacías y papeles arrugados. Su vida social giraba en torno a un círculo de escritores y artistas marginales: Emilio Sanz de Soto, con quien discutía filosofía y anécdotas de Tánger; Juan Eduardo Cirlot, que le regalaba versos crípticos entre risas y vino barato; y poetas y pintores desconocidos que llenaban cafés como el Café Gijón o el Café de Oriente, hablando hasta el amanecer de política, literatura y contrabando de ideas.

Amaba con pasión a mujeres libres que no buscaban propiedad ni apellido, y también a hombres con quien compartía copas y conspiraciones.

Despreciaba con cortesía cruel a críticos pretenciosos, catedráticos de lengua pulida y escritores que pretendían enseñar moral desde un despacho, porque para él la literatura era vivir, no pontificar. Pasaba sus días escribiendo y sus noches consumiendo la ciudad: bares, cafés, tertulias, calles y parques donde la inspiración se mezclaba con el humo de los cigarrillos y el olor del Madrid húmedo. Quemaba manuscritos cuando no le convencían y celebraba cada obra terminada con una copa y una carcajada, siempre al borde de la ruina y la genialidad.

Obras: cada una, un ladrido distinto

Se enciende y se apaga una luz (1962)

Una novela como un cigarrillo en un cuarto a oscuras: encendido y apagado de un mundo en ruinas. Detrás de la trama —un amor que no se salva— hay un mapa emocional de quienes saben que la fiesta se acaba. Su Tánger no es postal: es puerto y cloaca.

Fiesta para una mujer sola (1964)

Monólogo seco y elegante. Una mujer se enfrenta a su soledad como quien se sirve un gin tonic sin hielo. Escrito como si la protagonista fuese un personaje de Tennessee Williams abandonado en una pensión marroquí.

La vida perra de Juanita Narboni (1976)

Su obra maestra. Una voz femenina que escupe haquetía, rencor y ternura a partes iguales. Juanita es Tánger: cosmopolita, racista, generosa, cruel, deshecha. Un retrato de la ciudad que Franco dejó morir y que el capitalismo convirtió en decorado para turistas. Nadie ha escrito así en castellano: sin filtros, sin piedad.

El final: último aullido

Murió en 1980 en una pensión de la calle Atocha 98, que él mismo llamaba “la mansión del conde Drácula”. La noche antes había quemado dos novelas inacabadas. No dejó herederos, solo amigos dispersos y una leyenda. Lo enterraron gracias a una editorial que pagó el entierro. Sus últimas palabras conocidas fueron un brindis: “Al diablo con todo”.

Ángel Vázquez Molina no es solo un escritor olvidado: es la demostración de que la literatura verdadera no se premia ni se domestica. No tuvo casa propia, pero tuvo un mundo. Escribió para sí mismo y para las calles que lo vieron beber. Fue de los pocos que supieron que la libertad —la de verdad— empieza cuando se deja de mendigar reconocimiento. Y si su vida fue perra, fue porque nunca quiso ser perro de nadie.

A mediados del pasado mes de julio, Cibeles (Fernando Fernández Arrika-goitia, Vitoria 16/12/1948) hacía una importante donación de libros de contenido y temática afín a la biblioteca del sindicato CNT de Vitoria. En agradecimiento y consideración; por la vigencia de sus ideas; por la necesidad de su labor; por su espíritu crítico y por muchas cosas más, dedicamos este espacio a la reproducción -sin permiso- de extractos de un par de entrevistas que se le realizaron en 2006, y en 2012.

“La naturaleza nos ha creado para acabar su obra y volver a empezar”

Cuenta Cibeles que, a la edad de quince años, en una acampada, estuvo hasta las cuatro de la madrugada hablando sobre la mítica diosa. Al día siguiente ya nadie le llamó por su nombre. Desde entonces arrastra, con orgullo, el apodo de “Cibeles”. Este vitoriano de verbo fácil, nacido en la calle Zapatería, casi al lado de donde hoy se encuentra la biblioteca Gaia en la que trabaja, vivió en el año 1972 una experiencia que le haría cambiar su filosofía de vida para siempre. Se planteó que si se casaba ya no se movería de Gasteiz y le dijo a su novia que se iba a recorrer Europa en autostop y que en dos meses estaría de vuelta. Tardó cinco años en regresar. En París tuvo su primer contacto con la ecología y en Portugal adquirió el convencimiento de que los tecnócratas son los que dirigen a los políticos. Volvió a Vitoria y se convirtió en el primer nombre reconocido en la ciudad que tenía la ecología por bandera. Su primera acción fue parar la cantera del Gorbea. Después luchó para conseguir que la Almendra Medieval se convirtiera en el primer casco histórico peatonal de España. Su siguiente propuesta fue conseguir una red de carriles de bici. En 1978 logró poner en marcha un programa que duraría ocho años y en el que participaron 85.000 niños. Su objetivo era repoblar de árboles la zona de Garaio. Algunas campañas las abandonó por el camino con la convicción de que “si haces una propuesta buena y eres perseverante, muchas veces no consigues nada. Hay que parar y dejar que venga luego el político de turno a decir que la idea ha sido suya y a colgarse la medalla”.

Naturaleza: La vida de Cibeles ha girado en torno a la defensa de la Naturaleza, pero admite que “he tenido mis crisis”. Y es que, a lo largo de estos años, ha descubierto “que la gente no quiere ecología sino un folklore ecológico. Creen que por irse a Salburua y ver los patos o ir al monte y sacarse una fotografía con un paisaje bonito, ya son ecologistas. Pero cuestionarte tu forma de vida, eso no lo hace nadie”. Sonríe cuando le hablan de sostenibilidad. “¿En qué se sostiene?” pregunta y afirma que “últimamente todo el mundo se ha subido al carro ecologista. Pero la ecología no puede darse si no hay un cambio social. No podemos hablar de ecología cuando hay 4.500 millones de personas en el mundo despilfarrando y echando de todo a la atmósfera. Lo único que vamos a conseguir es hacer una catarata. Y no hay más que ver que el efecto invernadero avanza a pasos agigantados”. “A veces piensas que la Naturaleza nos ha creado para acabar su obra y volver a empezar”, afirma con una frase lapidaria y asegura que “el hombre tiene su paraíso en la Tierra y está empeñado en conquistar, por ejemplo, otros planetas, que son estériles, que no tienen vida. Conquistar es dominar. Y si hubiéramos conquistado la Naturaleza, la dominaríamos, no habría tsunamis, ni huracanes, ni terremotos”. Por eso afirma que “el hombre tiene grandes complejos de inferioridad y grandes alardes de grandeza” lo que le lleva a “utilizar frases pomposas y tan carentes de sentido, y que escuchamos todos los días, como congreso universal”.

Equilibrio: Cibeles define la ecología como equilibrio, aunque reconoce que “personalmente no lo he conseguido. He encontrado parcelas para sentirme mejor”. Y es que considera que “hay que cuestionarse todo: qué produces, para qué sirve, cuánto contamina y cuántos recursos naturales hay que agotar para ello”. Defensor a ultranza del naturismo se queja porque opina que “todos vivimos de cara al exterior. Lo único que nos interesa es dar la imagen que queremos que los demás tengan de nosotros”. Y por eso afirma que “la gente vive con un vacío diario, por pasar la vida viviendo para otra gente. Por eso somos tan consumistas. Sólo queremos tener más y más cosas. Y cuando hemos conseguido una vamos a por la otra. Y no podemos parar”.

A pesar de que la figura de Cibeles y sus actividades son muy conocidas en Vitoria, es un hombre que elude hablar de sí mismo. Ni tan siquiera quiere definirse, “antes me definía, ahora ya no”, y tan sólo dice que “me encantan la montaña, la espeleología, la ecología”. Y quiere romper mitos: “Nunca se me han congelado los pies. Uso botas porque es un calzado que igual sirve para la ciudad que para la montaña. Por eso las llevo también en las playas naturistas”. Y quiere dejar claro “que no podemos pretender tener una Naturaleza a la carta ni que la Naturaleza se adapte a nosotros. El hombre necesita a las plantas. Las plantas al hombre, no”. (Miren Martín, Gaceta Municipal, nº 63, septiembre de 2006)



“Ningún político ha pisado la biblioteca en trece años: sus discursos sobre sostenibilidad son pajas mentales”

(...) **Vitoria. La biblioteca ecologista más valiosa del Estado, abocada al cierre. Pese a los muchos recortes, ¿confiaba en que la tijera pasaría de largo por este espacio, aunque sólo fuera por el reinado *green*? Si que confiaba. Además, esta es la única biblioteca ecologista del Estado. Las otras tres son sólo de plantas y animales, mientras que en ésta la temática es amplísima. El ecologismo es equilibrio, así que el que viene aquí tiene volúmenes sobre agua, antropología, agricultura, plantas medicinales, climatología... Todo tipo de materias que llevan a hacer un planeta de equilibrio. Maroto dice que la crisis le impide mantener la partida de 7.000 euros para la biblioteca, pero sólo en el acto de recepción de la Green Capital se ha gastado 71.000. Tiene que doler. Lo de la cuestión económica es una tontería, porque cuesta muy poco mantener esto. Esto es política. La ecología es cuestionar el sistema. Dicen que quieren salvar el planeta, reducir la contaminación... Cuando la filosofía de nuestro sistema se basa en producir, consumir y volver a producir. Así que no vale con poner tiritas a una herida grande. En el año 76 comenzamos a trabajar y hablábamos de la necesidad de cuestionarnos todo eso a través de un debate social para, si era posible, llegar a otra sociedad con otros valores. Eso hizo temblar al sistema y el sistema inventó el medio ambiente. Y nosotros decíamos que no queríamos medio, sino entero. Y ahora se llama sostenibilidad. Es una manera de ir eliminando lo que molesta para dejar sólo lo que interesa.**

¿Y qué hay detrás de ese concepto tan de moda, la sostenibilidad? La primera vez que se oyó en el mundo la palabra sostenible fue con Kissinger en 1972 en la guerra del Vietnam, que habló de economía sostenible. Luego nunca más se supo. Y hace doce años un finlandés empezó a hablar de la agricultura sostenible, el transporte sostenible... Sin explicar en qué se sostiene. Es una palabra vacía. Es como si me dicen: amor. ¿Amor a qué? ¿A tu mujer, a Dios...?

En Vitoria detrás de la movilidad sostenible hay una mejora del transporte público, detrás del consumo energético sostenible los LED... Sí, claro. Pero el Departamento de Medio Ambiente te dice que tienes que coger el autobús y mientras tanto desde Economía incentivan a comprar otro coche porque si consumes más antes se acabará el paro y el sistema no caerá. De 7.000 millones de personas que tiene el mundo, 5.000 estamos dedicados a producir a tope en una carrera de desenfreno. Porque además esta

sociedad te encamina a ser de una manera: a competir, a no vivir con naturalidad... Somos objetos de consumo. Y cuestionar esto es la ecología. (...)

Si le pregunto, entonces, qué piensa del premio Green Capital... Yo te hago la pregunta a ti: ¿en la escuela a quién le daban los premios? A los niños, nunca a los rebeldes. Vas al cine y hay películas que te hacen estremecer. Generalmente esas no se llevan el Oscar.

Pues el movimiento ecologista parecía contento cuando Vitoria recibió la corona verde, como sintiéndose parte del reconocimiento. Andrés Ilana, de Ekologistak Martxan, incluso estuvo en la gala de Estocolmo. Es que no falta parte de razón... Es igual que un premio Nobel. Suelen ser unos libros que vienen bien para la Cuaresma, porque te ahorras el azo-tarte de lo duros que son (risas). Vale, también los hay majos. Pero lees a otros autores que no se han llevado un galardón y te alucinan. Los premios se dan cuando interesa que reine una historia determinada.

¿Y cuál es el interés que se esconde detrás del premio Green Capital? Es un reconocimiento a cositas que están bien pero que en general suelen ser muy ñoñas, porque no se dan pasos hasta el final. Cuando te levantas, no piensas si los patitos de Salburua se han despertado estreñidos, sino en tus problemas: si la persona que está a tu lado te quiere, si el jefe te está tocando la moral... Y lo que ansías es equilibrio. Pasear un sábado por Salburua está muy bien. El Anillo Verde es un gran logro medioambiental, pero no es lo principal. Lo principal es plantearnos cómo equilibrar nuestra sociedad.

¿Y por dónde empezamos? Entre todos debemos hacer un esfuerzo para cambiar el sistema, si se puede, y si no se puede que dejen de atormentarnos con lo de que hay que salvar el planeta. Con este tipo de sociedad, es imposible salvarlo. Lo estamos destruyendo de forma bárbara mientras aparentamos ser muy buenos. Es como el que en la Semana Santa se fustiga y después va a donde todos sabemos (risas). O el que dice 'tengo una casa ecológica', y resulta que cuesta tres veces más que la normal. De hecho, en relación con esto, queremos desempolvar una ley de 1905 que aún funciona en Europa de alquiler de viviendas que establece según tu sueldo el acceso a distintos tipos y materiales de casas. Según la filosofía de esa ley, tres partes de lo que tú ganas deben ser para vestir y comer y una para la vivienda.

Y aquí impulsando la VPO. ¿Pero cómo es posible que el dinero de todos los ciudadanos sea para que tú te compres un piso? ¿Y por qué no un coche? ¿O para las mejores putas de Europa? Queremos que se vuelva a esa ley para tener unos alquileres dignos y baratos, y tener mi propiedad: mi yo. Y ser como quieras ser.

Así que la biblioteca de Gaia es el refugio para cuestionarse la vida... Ahí está. (...)

Y hasta ahora pensando que el ecologista es el amante de lo verde. Eso es lo que el sistema ha querido vender. Como decía antes, el sistema se puso a temblar cuando los ecologistas lo cuestionábamos todo y sacó el medio ambiente (plantas y animales). Y la prensa no se ha molestado en diferenciar ecologistas de todo eso que salió después y se ha colado en las instituciones: ambientalistas, proteccionistas, conservacionistas y ecólogos. Para el ambientalista, su único objetivo es que el ambiente se quede como lo conoció, sin cambios. Y el proteccionista ve un aguilucho donde se va a hacer una carretera y desvía la carretera. Pero los ecologistas no pensamos así. ¡Cuánto está apareciendo y desapareciendo en el planeta y no pasa nada! Dejémonos de ñoñeces, que es lo que a ellos les interesa, y vayamos al ser humano. Porque si tú estás bien, pones bien lo que te rodea y viceversa. Sin embargo, no hacen más que dictar cómo debemos ser. Y, por desgracia, todo es competición. (...) (Diario. Noticias de Álava. 8 de abril de 2012)

¡Salud, Cibeles, y larga vida para acabar esa obra que te han encomendado las autoridades sobre los caños vitorianos! Por nuestra parte, hemos de asegurarte que custodiaremos con rigor tu biblioteca, y que te esperamos para la presentación de tus próximas publicaciones.

Sede: Calle Correría, número 65, bajo 01001 – Vitoria Gasteiz Dirección postal: Apartado de correos 1554 01001 – Vitoria Gasteiz Horario: martes y viernes de 19.00 a 21.00; y, miércoles de 10.00 a 12.00 horas Teléfonos: 945 28 29 74 y 688 86 13 64		Direcciones de correo electrónico: cntgasteiz@gmail.com / vitoria@cnt.es Redes virtuales: https://vitoria.cnt.es/ https://x.com/CNTVitoria https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/ https://www.instagram.com/cntgasteiz/
--	--	--